

«Mas ¡qué vértigo, qué espanto!...  
Al lanzarse *al salto enorme...*»

¡Mire usted que convertir á una princesa en  
funámbula!

También dice:

«En aquella hora suprema,  
Mientras *nos miraba el suelo*,  
sumidos en hondo duelo...»

El suelo no mira, señor D. Pedro, ¡qué  
ha de mirar! Lo que hace es sostener á las  
gentes, aunque no lo merezcan; pero mirar,  
no mira.

Y todavía añade usted:

«La mortal *reliquia impura*  
De la angélica *sirena...*»

¡Cuánto mote, y cuánto despropósito!  
*Sirena* angélica, y luego *impura*....

Vamos, hombre, que nos va usted á hacer  
opinar como el lazarillo.

Porque la verdad es que ¡para ver seme-  
jantes versos!...

## XI.

Voy creyendo que no le faltaba razón al  
criado del ciego, en resumidas cuentas.

Porque ¡cuidado que se ven unas cosas!

Veán ustedes una carta, ó cosa así, que  
con el título de *¡Viva Galicia!* muy parecido  
al de *¡Viva la Pepa!* nos ha traído *El Correo*...  
no el correo de Mansi, que ese en lugar de  
traer las cartas, las suele perder, sino *El*  
*Correo* del maestro Ferreras, de parte de don  
Manuel Silvela, el académico.

Veánla ustedes... Y si después de verla no  
sienten algo así como pesadumbre de tener  
vista, digo que no tienen ustedes ni miaja  
de amor á la literatura, ni aun á la gra-  
mática.

Supongo que sabrán ustedes que este Sil-  
vela es aquel *Juan Fernández* que, hace poco  
más de tres años, intentó defender el Diccio-  
nario de la Academia contra mis censuras,  
y no supo sino dejarle peor que estaba; el  
mismo que allá en sus juventudes escribió  
unos artículos literarios, firmados con el seu-  
dónimo de *Velista*, y después, en el año



de 1867, los coleccionó en un libro titulado: *¡¡¡Sin nombre!!!* (1.)

Por cierto que este título le plagió D. Manuel de un libro francés, traducido del inglés y publicado en París cuatro años antes.

Y no es lo peor que le plagiera, aunque el plagiar no es bueno; peor es que quisiera hacerle pasar por invención propia, y que escribiera para eso un artículo muy largo y muy cursi, titulado *El bautismo de un libro*.

Allí, dice dándose tono, que envió sus artículos á un editor y que éste se manifestó dispuesto á publicarlos, cosa que al pronto parece inverosímil, y después se sabe que no es verdadera.

Añade que el editor le pidió un título para el libro, que él propuso el de *Colección de...*

(1) Recientemente se ha reimpresso en el folletín de *La Correspondencia de España*, aumentado con una comediucha del mismo autor y con una advertencia del señor Sánchez Moguel, que termina con este chaparrón de alabanzas:

"Y pues que de Silvelas hablo, permitido me sea dar á los lectores de nuestra biblioteca una grata (?) nueva. Los hermanos D. Manuel, D. Francisco y D. Luis, mi carísimo compañero, representan la tercera generación de Silvelas (la tercera nada más, señor Moguel? ¿de modo que el abuelo nació por generación espontánea?) la cual, lejos de descender, comparada con las anteriores, puede decirse que ha llegado al apogeo de las aptitudes y á la plenitud de los merecimientos (y de los sueldos). Ahora bien; la cuarta generación promete rivalizar dignamente con esta, no sé si más en los órdenes político y jurídico ó en el literario. (No está bueno de saber.) Lo que sé es que han sido discípulos míos dos nuevos Silvelas, y que éstos descollaron en mi cátedra de literatura española, y entre seiscientos alumnos en primeros lugares (¡claro! para descollar así tenía que ser) y que me plazco en consignarlo aquí, etc.,"

y el editor le interrumpió diciendo que no, que el público iba á concluir: *de dispartes*.

Sigue diciendo que propuso el título de *Hojas.....* que el editor desaprobó también, diciendo que eso era la especialidad de Selgas; que propuso el de *Cuentos.....* y que tampoco le pareció bien al editor, por ser la especialidad de Trueba; que insinuó el de *Horas.....* que el editor rechazó, temiendo que el público añadiera *perdidas*, y después el de *Pasatiempos*, que no tuvo mejor fortuna.

Cuenta que entonces dijo amostazado, al editor: «Pues yo no digo más; proponga usted», y que el editor propuso *Ocios, y Ramillete, y Ensayos*, sin que le gustara á él ninguno.

Y refiere D. Manuel, haciéndose ya muy pesado, que empezó de nuevo á proponer y propuso *Al amor de la lumbre*, que no mereció la aprobación del editor, y que después propuso llamar al libro *El verdugo*, y..... tampoco; y *¡Adiós para siempre!*, y menos; y *Aves nocturnas*, y..... mucho menos..... hasta que por fin dijo que, en vista de la dificultad de hallar un título adecuado, estaba resuelto á que la colección se publicara *sin nombre*.

Y que el editor exclamó:

—«¡Sin nombre!.... ¿qué ha dicho usted?....

¡Qué título más interesante, más vago, más incitativo!.....»



¡Señor D. Manuel, señor D. Manuel! ¡Tanto arrumaco y tanto circunloquio para apropiarse sencillamente el título de un libro extranjero!

¡Señor D. Manuel, señor D. Manuel! Figúrese usted lo que me reiría yo leyendo sus pobres alardes de ingenio..... yo que tenía á la vista el libro francés con esta portada:

«SANS NOM  
par  
W. WILKIE COLLINS  
traduction de  
E. D. FORGUES  
Paris, 1863.»

SANS NOM, SIN NOMBRE. No puso usted de su casquis más que las seis admiraciones que dan al libro de usted un aire cursi, que el original no tiene....

Pero dejemos estos pecadillos antiguos de D. Manuel, y veamos el pecado de ahora.

A su tiempo sabrían ustedes que, así como Mambrú se fué á la guerra, D. Manuel Silvela se fué á Lourizán, en compañía de don Eugenio Montero Ríos, ó como dice D. Victor Balaguer, del «*varbo* de la democracia» (1).

Volvió D. Manuel; y unos días después

(1) Quiso llamarle "el verbo de la Democracia", pero, como es catalán, se le abrió la e, y D. Eugenio resultó *varbo*.

apareció alegre y regocijado, como Canalejas con zapatos nuevos, gritando en *El Correo*:  
¡Viva Galicia!

La soflama de D. Manuel, dicho se está, que, como mala, es bastante mala.

Por eso, y porque, llevando la fecha del 15 de Mayo no salió en *El Correo* hasta el 29, hay quien piadosamente sospecha que D. Manuel pretendería primero publicarla en *El Imparcial*, y que este periódico, después de haber visto la clase, se excusaría como pudiera, con lo cual el Sr. D. Manuel no tendría más remedio que acudir á *El Correo* para dar á su senil vanidad la satisfacción de ver en letras de molde su postrero desdichadísimo parto.

Iba éste firmado por *Velista*, pseudónimo que D. Manuel cree buenamente tan popular y conocido, que no hay nadie que ignore lo que representa.

Pero el señor D. José Ferreras, que es hombre más práctico, y que se pone en la realidad de las cosas, no debió tenerlas todas consigo sobre la notoriedad del mote.

Por no desilusionar completamente al autor, publicó un sueltcito en que se anunciaba la silveliana lucubración, diciendo: «Firmado por *Velista*, pseudónimo célebre en la república de las letras, publicamos hoy una carta en que su autor describe primorosamente las impresiones *por Galicia* en su viaje de ocho días.»



Pero cuidó de decir en otro suelto, separado sólo del anterior por un bigote:

«Ha regresado á Madrid de su expedición á Lou-rizán el Sr. D. Manuel Silvela.»

Con esto la popularidad del nombre de guerra literario de D. Manuel no quedaba muy bien parada; pero de la paternidad del artículo tampoco podía quedar duda.

Y vamos al grano.

Es decir, vamos á lo que sería el grano, si en la carta lo hubiera.

Comienza diciendo:

«Mi querido director: No extrañe usted la expresión de júbilo que brota de mis labios.....»

De mi pluma, querrá usted decir. ¿O es que escribe usted con los labios?

«Jamás hubiera creído.....» etc.

Jamás hubiera creído D. Manuel

«que después de recorrer medio mundo, de peregrinar por Italia..... Dinamarca, Alemania, Austria, Praga.....»

¡Hombre! Conque Alemania, Austria, y además Praga. ¿Cree usted que Praga está en el Indostán?

«Alemania, Austria, Praga.....»

O como si dijéramos: Portugal, España y Medina del Campo.

Y continúa diciendo el Sr. D. Manuel que jamás había creído, que después de haber visto todas esas maravillas «todavía habían

(pase la cacofonía) de alcanzar á conmovier las fibras de una naturaleza gastada (¿no será literariamente, eh? ¡Ca!..... Si está usted hecho un joven), espectáculos grandiosos como los que ofrecen las riberas del Miño y las rías bajas de Galicia.»

¿Las rías *bajas*? Le advierto á usted, señor D. Manuel, que las rías todas son bajas. Digo, me parece, salva sea la opinión de usted; que las rías todas son igualmente bajas, tan bajas como para estar al nivel del mar, porque si no ya no son rías. Advirtiéndole á usted que si las llaman así en el país, debió usted decir las llamadas rías bajas, ó subrayar cuando menos la frase.

«Y sin embargo (continúa D. Manuel), y sin embargo, tan cierto es que el panorama que ofrece la provincia de Pontevedra excede en frescura y atractivo á todo lo que cabe imaginar, que siento en el alma no poder abandonar la prosa (¿?) y no atreverme á cantar la magnificencia de la bahía de Vigo en octavas reales.....»

¡Caracoles! ¡De buena nos hemos librado!... Gracias á que me tuvo usted miedo..... y se comprende. Pero si no es eso nos arrima usted unas octavas que nos divide.

¡Caracoles! vuelvo á decir. ¡Hemos estado á dos dedos de sufrir un terrible chaparrón de octavas reales de D. Manuel! Y estábamos tan descuidados. Bien dicen que no sabe uno la hora en que ha de morir.



En fin, lo mejor es que D. Manuel no se atreviera á cantar en octavas reales la magnificencia de la bahía de Vigo, ni en quintillas la fortaleza de Monte-Real, á cuyos pies se estrellan los malos escritores..... ¡Ah! no; las olas: D. Manuel dice que se estrellan las olas, y vamos adelante.

«A las seis de la tarde del 5 de Mayo (dice don Manuel), salimos con dirección á Galicia.....»

Sería á las seis y cincuenta minutos, ó á las *siete menos diez*, hablando en cristiano.

¿Tan pronto le cogió á D. Manuel la embriaguez del entusiasmo poético-galaico, que al salir de la estación de Madrid ya no distinguía las horas?... Pues ni la purga de Benito...

¿O acaso se le figura á D. Manuel que para que las cartas resulten poéticas hay que alterar y tracamundar las horas de salida de los trenes?

Pero no es esto de la hora lo más malo. Lo peor es que además dice D. Manuel:

«... salimos para Galicia *impelidos* por el tren...»

¡Hombre! ¿*Impelidos*?.. ¿Por ventura, en lugar de subirse á un coche de primera, se pusieron ustedes sobre el rail delante de la máquina para que ésta fuera dándoles empujones?

¡*Impelidos!*.. Mire usted, señor don Manuel, los verbos son para usarlos cada cual con la

significación que tiene, y no para poner unos por otros.

Ni su cualidad de académico le autoriza á usted para decir las cosas al revés, por más que explique perfectamente el que usted no las sepa decir de otro modo, ni la cualidad de poética que usted pretende dar á su carta, consiste, v. gr, en llamar escopeta al abanico.

Siga usted *impelido* por su académica afición al disparate.

¡Ah! Y no vuelva usted á poner dos «Galicias» en tres renglones, porque eso es muy feo. Dice usted:

«A las seis de la tarde del 5 de Mayo salimos con dirección á Galicia, *impelidos* por el tren que pone en comunicación el centro de la monarquía con las apartadas *regiones* de Galicia.»

Es claro, y hasta natural. Lo raro y lo que por raro hubiera merecido decirse, hubiera sido que «por el tren que pone en comunicación el centro de la monarquía con las apartadas *regiones* de Galicia» (que entre paréntesis no es más que una *región*), hubieran salido ustedes con dirección á Zaragoza.

¡Qué cosas le pasan á este D. Manuel!

Y todavía dice más. Todavía dice:

«Después de dormir toda la noche (dato cuya importancia es imposible desconocer) nos detuvimos en la estación de León, y *sin pararnos á admirar su célebre catedral*, y dando al olvido sus bellezas arquitectónicas, pasamos á saborear en su hermoso



restaurant un suculento almuerzo, que se inició brillantemente con una sopa juliana picante y de grata recordación.»

Vamos; ese contraste de la célebre catedral con la sopa juliana... picante, le habrá parecido á usted una gracia de primer orden, un chiste de esos que no se olvidan... ¿No es verdad, D. Manuel? Diga usted que sí; sea usted franco.

Pues bueno; yo también voy á serlo. Mire usted, eso que á usted le ha parecido una gracia, no es más que una simpleza.

¿Y no tenían ustedes más chispa allá por el año 59?..

Ahora me explico que aplaudieran ustedes, y hasta aprendieran de memoria los disparates de *Flor de un día*...

«Volvimos á emprender la marcha—dice D. Manuel, el de la sopa juliana... picante;—atravesamos regiones...»

¡Dale con las regiones!

Este señor llama regiones á los surcos.

«... atravesamos regiones que nos recordaban la planicie incommensurable de la Mancha; cruzamos Ponferrada, Astorga y toda la región florida del Vierzo.»

¡Olé, por la geografía de D. Manuel!

¿Ha estudiado usted con el general Ibáñez?

Porque ese itinerario parece como si estuviera tomado de algún mapa suyo...

«¡Cruzamos Ponferrada, Astorga y toda la región florida del Vierzo...»

Mire usted, señor D. Manuel, yendo de León á Galicia, antes de *cruzar Ponferrada*, como usted dice con mala sintaxis, pues los nombres de pueblos no se usan en castellano sin preposición, y la misma gramática de la Academia lo prohíbe; antes de pasar por Ponferrada, hay que pasar por Astorga, que está todavía en la cuenca del Duero. Después de pasar por Astorga y de atravesar la cordillera que separa la cuenca del Duero de la del Miño, es cuando se baja á la orilla del Sil, afluente del Miño, y se pasa por Ponferrada y por la región florida del Vierzo, de la que es Ponferrada el pueblo más importante.

¡Vamos, que trasladar á Astorga al Vierzo, ó trasladar á Ponferrada á la tierra de los maragatos, son de esas cosas que imprimen carácter!

Es como si describiendo usted un viaje de Madrid á Vitoria por el ferrocarril del Norte, dijera:

«Cruzamos por Burgos, Miranda y Avila.»

¡D. Manuel! ¡D. Manuel!

En seguida quiere D. Manuel hacer otro chiste diciendo:

«...las márgenes del hermoso río Sil, que arrastra arenas de oro, aunque jamás han acertado á depositarse en mi bolsillo...»

¡No sea usted terco, D. Manuel, que no le salen á usted los chistes!



¿Qué importa que las arenas de oro del río Sil no hayan acertado jamás á depositarse en el bolsillo de usted, ni qué falta hacía que acertaran, si es usted quien ha acertado á depositar ó á reunir en su bolsillo y en sus gavetas montones de oro, no en arenas, sino bien acuñado en centines, cobrando pagas de ministro, de embajador, de exministro, etcétera, etc.?

¿Todavía quiere usted más?

Es decirle á usted, Sr. D. Manuel, que eso de las arenas de oro, que no han acertado jamás á depositarse en el bolsillo, sería medio chiste, nada más que medio, dicho por algún periodista pobre; pero dicho por un hombre opulento, como usted, es en lugar de medio chiste, inocentada entera.

Y, para concluir, porque esto se va haciendo muy largo, le haré á usted en compendio las leales advertencias siguientes:

1.<sup>a</sup> Que el túnel natural de que usted habla no se llama *Monte-jurado*, sino *Monte-Furado*, es decir, horadado.

2.<sup>a</sup> Que toda la descripción que hace usted de Lourizán, desde la *inmensa galería de cristales* hasta los *gallos colosales*, es muy pobre, muy amanerada y muy pasada de moda.

3.<sup>a</sup> Que aquello de que las comisiones de Santiago, Vigo y todos los alrededores iban á exponer sus agravios, convirtiendo á Lourizán en *hormiguero* de Audiencias, Diputaciones y

Ayuntamientos, ó en nueva Meka de pretendientes, será verdad, pero viene á ser así como llamar á Montero Ríos cacique.

4.<sup>a</sup> Que en cambio, lo que le dice usted de su *futura canonización* es una impiedad dicha sin gracia y una adulación sospechosa de parte de un abogado en ejercicio, al que era entonces presidente del Tribunal Supremo de Justicia.

5.<sup>a</sup> Que no se dice «puertos á cual más hermosos», sino á cual más *hermoso*.

6.<sup>a</sup> Que aquellas «*islas gigantescas*» que se quiebran, yo supongo que serán olas.

7.<sup>a</sup> Que aquello de que las costas son «ricas en pesca y en productos naturales» parece dar á entender que la pesca es un producto sobrenatural.

8.<sup>a</sup> Que al decir que aquel país está provocando la *emigración* veraniega, habrá querido usted decir la *inmigración*, sólo que no ha acertado, y

9.<sup>a</sup> y última. Que las *tortas* esas por las que usted dice que es célebre la estación de Monfoite... buen provecho le hagan.